

INCENTIVA

J. NOGUÉ

EN su caprichoso *boudoir* se encuentra Blanca, preparándose para «dar el golpe» como de costumbre. Ante un lujoso espejo que, descansando en la parte más baja de su elegante estancia, llega hasta el techo, se está dando los últimos toques, que han de ser uno de los varios artificiales atractivos con que cuenta para sugestionar: se está esmal-tando.

Encúbrese su al parecer contorneado cuerpo con finísimo traje de corte inglés que, según el índice de sus memorias, costó el barón P...; introdúcese en los diminutos huecos de sus no mayores oídos los solitarios, obsequio del banquero X...; se recubre los dedos con las ricas sortijas del ex gobernador de Z...; y hecha todo un «brazo de mar», con la risa hipócrita en los labios y el más desapasionado interés en el corazón, sale de su *chalet* y, henchida de satisfacción, baja al coche que el marqués de V... la cede á turno, como compensación á los favores que le dispensa.

Para Blanca no hay nadie en el mundo, sola está; al menos, ella así lo considera; por lo tanto, es dueña de sus antojos y responsable de sus actos. Su éxito está en que su mágica figura sea el punto donde han de convergir las miradas de los que sacian sus pasiones á peso de oro.

Son las cinco de la tarde, el boulevard está concurridísimo, la animación que en él reina es extraordinaria, la banda, en el kiosco central, lanza al aire sonoras melodías, el bullicio aumenta, el ruido del rodar de coches es ensordecedor.

Aquí, grupos de futuros políticos comentando tal ó cual periódico, allí, remolinos de gente «cortando trajes» al por mayor; y, en general, muchedumbre que dedica el tiempo á la universal y generalizada diosa de la crítica.

Los asientos del palco están completamente ocupados por damas que, adoptando posturas más ó menos coquetonas, dejan entrever á la indiscreta mirada diminutos pies elegantemente calzados; con ellas, aunque en menor número, representantes del feo sexo que acaparan noticias y predicen acontecimientos. Las conversaciones se animan progresivamente, todo el gentío charla, bromea y hace chistes que recorren los colores del espectro, y algún que otro curioso estudia el bullicioso aspecto que presenta el paseo en tarde tan placentera desde el interior de su berlina.

De pronto, empieza á sonar el cascabeleo del carruaje de la famosa Blanca, cuyo tren, cimbreándose con marcialidad señalada, merced á sus ballestas y á sus enyantados aros, es el blanco de todas las miradas.

Después de las dos vueltecitas de reglamento, desciende de él y, con estudiados movimientos, premeditadas contorsiones y ensayada complacencia rostral, déjase admirar por el centro del paseo, soltando poco á poco su hilo, al igual que la araña, para coger su presa con el necesario disimulo.

En ese momento, y á medida que va pasando, las conversaciones varían y llega un punto en que todas se funden al unísono; Blanca es la «héroe» de la palabrería.

Su airoso tipo, su perfecto busto, sus desmesuradas caderas, la morbidez que la es característica y su natural desenfado la han hecho célebre, y no pasa por delante de casta mujer sin ser envidiada, ni ante alguna *demi-mondaine* sin reprocharla de cruel, porque la riqueza de su pedrería aterra y el lujoso adorno de su vestir cautiva.

Ellos se desviven por saludarla, y muchos hay que, aún sin conocerla, se descubren respetuosamente á su paso, para obtener un tenue movimiento de cabeza de la bella Blanca; distinción que ella otorga en la confianza de que aquellos *adiós*, son preludios de varios *¡hola!* que luego vendrán.

La noche va desplegando su obscuro manto, empieza á desfilar la muchedumbre, y la gentil Blanca vuelve á su carruaje, dispuesta á mar-



CABEZA DE ESTUDIO

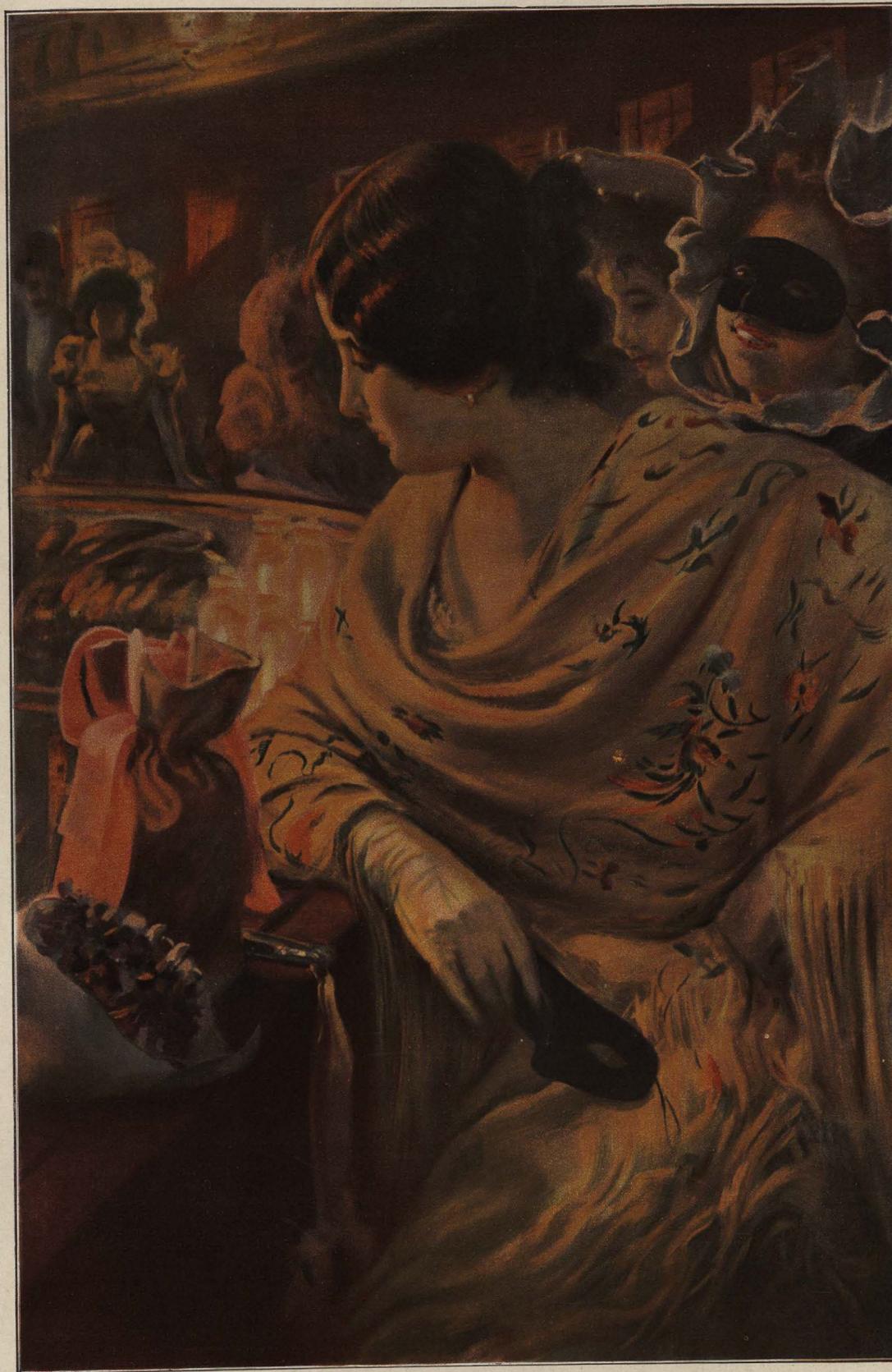
char á su *chalet* escoltada por las presas que cayeron en su *red*. Con efecto, las ruedas giran, ella se aleja y sus galanteadores la siguen á respetuosa distancia, disputándose, las más de las veces, la portezuela á que acercan sus briosos alazanes para poder recabar de ella sus fascinadoras miradas que aunque se han de pagar después á peso de oro constituyen la felicidad momentánea.

Al cabo, arriba á Villa-Blanca, apéase, cruza su jardín, llega á su *atelier* y arrojase indiscretamente sobre un *chaise-long*, ordenando que sus doncellas principien á privarle de la impedimenta que consigo llevó. Desaparece su aparatosa indumentaria, juntamente con cuanto la enmascaraba y atraía. Poco rato después, en el lecho, repite mentalmente sus ambiciones: *lujo, riquezas, goces...*

Es la mañana siguiente; acaba de levantarse y, majestuosa, se asoma á contemplar los prosélitos conquistados la tarde anterior. La alameda solitaria; no está más que el mendigo que cada día al apearse del coche, le pide una limosna por Dios, y al cual siempre desprecia... Todo ha pasado.

Nadie se acuerda de ella. La ilusión no se realiza... Espera la siguiente fiesta, cree de nuevo «dar el golpe»... siempre igual. Blanca ha pasado de moda. ¡Qué remedio! Así son todas ellas...

MANUEL DE LA CARRANZA



Cuadro de MANUEL CUSÍ.

Salón Robira (Fernando VII, 5g).

AVISOS A LECTORES

La letra de molde disfruta del mismo rarísimo privilegio que muchos sabios políticos: hacen más mudanzas que la empresa de Federico Debrieu y sin embargo no llegan á descreditarlo por completo. Desde sus comienzos, la maravillosa invención de los caracteres móviles fundidos, difundió el pensamiento humano por todo el Universo y, también desde el principio, viene esclavizando al juicio del vulgo que cree á pie juntillas cuanto le dicen impreso. Los libros sagrados ofrecen ya textos depuradísimos y son muchas también las guías que hay á mano para viajar con fruto por ellos. En cambio, la mayor parte de las obras antiguas de historia profana, ciencia que se aprendió á escribir en nuestro siglo, necesitan someterse al fiel contraste de la investigación documentada.

Por esto me ocurre que tal vez no estaría de más que se publicasen á menudo en revistas, boletines y diarios de mucha circulación, *Avisos á los lectores* como los que, en beneficio de los navegantes, aparecen en la Gaceta remitidos por el Depósito Hidrográfico del Ministerio de Marina. Merced á aquellas noticias, ya depuradas, todos los que en España saben leer podrían salvar, en el mare mágnum de los libros antiguos y modernos, innumerables escollos.

La fe—buena y mala;—el patriotismo exagerado; la vanidad erudita, que presume aprovecharse (como le conviene) de filones desconocidos para todo el mundo; el poco esmero, en fin, de cuantos intervienen en la formación del libro;... los plagaron de errores de toda especie, que las generaciones sucesivas van acarreado como el escarabajo sus inmundas pelotillas.

Conviene advertir que no me refiero precisamente á la relación de cosas estupendas entre las que pueden citarse en primer término los milagros de toda especie que lo son, ó lo parecen, en más de un cincuenta por ciento, á causa de nuestra gran ignorancia. Es frecuentísimo el morfarse de los escritores exageradamente piadosos, de todos los tiempos, atribuyéndoles la invención de aquellas que se nos figuran maravillas.

¿Por qué San Simeón, monje, vivirá 37 años sobre una columna—dicen—privando de su *conversación admirable* á los coetáneos? ¿Para qué había de tragarse San Norberto una peluda araña, que le cayó en el cáliz, después de consagrar, y que luego echó por las narices estornudando?

Sobre que para Dios no hay nada imposible, no hemos de ser tan soberbios que neguemos desde luego todo aquello cuya fácil explicación no se nos alcanza. Y como quiera que ello sea, el relato de estos y de otros muchos maravillosos sucesos, en nada perjudica al historiador ni á sus lectores. Crea ó no cada cual, en la medida de su inteligencia y de su fe, todo lo que no es de ella, y adviertan los que no la tienen que las historias profanas están plagadas también de muchísimos milagros de incomprensible finalidad. Yo confieso que envidio la honrada conformidad de don José Daza, famoso tratadista taurino, que cree, bajo la palabra del P. Nieremberg, que un buey enseñó el credo á un rústico. Y en esto de no *tragarse bolas* (si lo son) y referir *de visu* otras, al parecer mayores, ofrece un ejemplo muy característico don Luis Zapata en su entretenida *Miscelánea*.

Dice: «Mas muy mayor maravilla es lo que me contó un caballero (no sé si como principal fué verdadero) que cayó un mozo en un charco y pienso que decía que él, y que entró tras él un ayo y perdió al entrar unas chinelas, y sacando al ahijado ya atónito del agua, sacó el mozo las chinelas de ayo puestas en los pies, jurábelo él; mas yo no daré por este juro á catorce mil el millar».

En cambio, cualquiera ofrecería cinco duros lo menos por cada nuez de las que daban los cipreses en la *Mejorada* en tiempo del propio Zapata, que sigue hablando... «cortó tres ó cuatro nueces al través y á la larga, y siempre se hallaba la Verónica de nuestro Señor en la nuez cortada, de que fuimos muy maravillados.»...

Repito que nada de esto debería, en mi entender, proporcionar materiales para los *Avisos* que propongo.

Es sabido que abundan los centones compuestos con historias prodigiosas y entre ellas ocupan lugar preferente las que en francés escribieron Pedro Bonistan, Claudio Tesserant y Francisco Belleforest, traducidas en romance castellano por Andrea Pescioni, vecino de Sevilla.

En los *Avisos* deberían sí figurar en primer término los referentes á errores históricos ya averiguados, como lo es, por ejemplo, la noticia tantas veces impresa de que el Cid fué notable toreador. Y confieso que por otra parte me entristece bastante que la investigación erudita deshaga, como azucarillo en el agua, poéticas leyendas del género de la del Castellano de Vivar: que no me conformo, pongo por caso, con que no sea cierto que Cortés quemó sus naves y la Reyna Católica empeño sus joyas para ayudar al descubrimiento del Nuevo Mundo. Pero ¿qué hemos de hacerle? hay que conformarse con que la verdad resplandezca, y es muy posible que dentro de algunos años esté probado que Lucrecia Borgia fué dama piadosísima, excelente madre de familia y de corazón más tierno que los polvorones acabados de salir del horno. En cambio tampoco encuentro imposible que la crítica nos demuestre con documentos irrecusables que doña Isabel I de Castilla no pasó de ser una infeliz neurótica. No hará dos años que un sabio amigo mio me habló de ciertas curiosísimas cartas cruzadas entre aquella Señora y la Santa Sede, papeles que existen en un archivo de Venecia y que pueden proporcionar base, según él, para tales arriesgadas conjeturas.

Mientras que historiadores de esta especie escriben restando novelas antiguas, hay otros que las suman á sus historias.

El patriotismo descarriado que inspiró la formación y publicidad de los *Falsos Cronicones* tuvo la culpa también, en nuestros días, de que un escritor liberalísimo y anticlerical, incluyera en el diccionario de hombres ilustres de su región á varios de los *Santos* (?) inventados en aquellas fábulas. A los *Avisos* con ellos.

Los libros de viajes están plagados de noticias disparatadas. Escribió Humboldt el suyo por España; tomaba notas en el campo y hubo de preguntar á un rústico que acababa, precisamente, de machucarse un pie con el azadón;

—Dígame usted, amigo, ¿cómo se llama aquella venta?
—¡La venta de la p... inata! respondió el labriego como hubiese podido contestar; «vaya usted á escardar cebolinos».

Humboldt escribió en su cartera *el nombre de la venta* y así corre impreso desde entonces.

Me parece que fué Stirling quien refiere que Carlos II celebró sus desposorios en *Quintanapalla*, en vez de *Quintanapalla*, tristemente célebre en nuestros días á causa de un choque de trenes.

Existe un libro entero compuesto con las equivocaciones que hay en las obras del Cardenal Belarmino.

En otra de devoción, que por cierto se hizo rara, se lee:
«Yci l'officiant ôte sa culotte» (por *calotte*).

Pocos serán los lectores que no salven una chistosísima errata deslizada en la impresión de la conferencia que, en 1898, dió un notable arquitecto en su *Sociedad Central*. Véase;

... «á la manera que en la antigüedad se empleaba á los esclavos en los trabajos más penosos, y en la Iglesia primitiva á los ENERGÚMENOS para la limpieza de la casa del Señor».

En materia de etimologías es el cuento de nunca acabar, y porque este me va pareciendo largo, termino con la averiguada nada menos que por un rector de la Universidad Central:

«Por las gentes *sirias*, se dice *serias*».
¡Guasón!

EL CONDE DE LAS NAVAS

BELLAS ARTES

MANUEL CUSÍ, el monopolizador de las galanterías de palcos, *camerinos* y *boudoirs*, ha compuesto el lindo cuadrito que figura en primera página, variación de un tema que ha pintado varias veces, con aceptación de los aficionados.

Bien se descubre, bajo el mantón de Manila, la dama aristocrática que halla en la indumentaria chulesca fácil disfraz para acudir al baile de máscaras. El calor sofocante de la sala le ha decidido á quitarse la careta, descubriendo un rostro hechicero, y probando que no le ha llevado al baile el deseo de aventuras, sino la simple curiosidad. En los palcos inmediatos, otras mascaritas, con sus animadas actitudes, dan idea de la alegría que reina en el baile.

Como siempre, está bien observado y resuelto el efecto de luz artificial, cuyo estudio constituye una especialidad de Cusí.

Ricardo Brugada, que recientemente llamó la atención con su hermoso cuadro *¡Despedida!*, expuesto en el Salón Parés, después de haberlo estado en la Exposición Nacional de Madrid, donde obtuvo honores y consideración de segunda medalla, nos favorece con su primoroso cuadro *El billete*, pretexto, más bien que motivo, para pintar esplendorosamente un carmen de Granada. Nada más rico que aquel jardín exuberante de florida vegetación, cuyas masas interrumpen, con impensada oportunidad, las líneas arquitectónicas de épocas y estilos diferentes.

Y en un lado del cuadro, como formando parte de su flora, dos mu-

jes luciendo ricos trajes de manola, están leyendo confidencialmente el billete amoroso que la mano de un galán deslizo furtivamente en la de una de las damas, durante el paseo.

Hay en el cuadro verdadero lujo de detalles, tratados todos con admirable pulcritud, recordando en la composición y el procedimiento la escuela fortuniana.

El otro cuadro que hace *pendant* con éste, no necesita de la firma para adivinarse en seguida que es de José Cusachs. En la estudiada fidelidad de aquel *atalage* de cuatro hermosos caballos enganchados en el lujoso *mail-coach*; en la exacta reproducción de los uniformes de la grey lacayuna, y hasta en los detalles más accesorios, compréndese que el autor está en el secreto de todos los refinamientos del *sport*, y no hay pintor en Barcelona que los conozca como Cusachs.

La escena no puede ser más típica. Mientras los amos están merendando en lo más fresco de la espesura, los criados hacen lo mismo á conveniente distancia, regalándose con una ronda de copas de champaña, y parodiando los imprescindibles brindis de aquellos.

Cierra el número la *Alegoría del mes de Noviembre*, de Gaspar Camps, quien da nueva muestra de su inagotable vena y buen gusto en la composición de estos sencillos temas que sabe enriquecer con las galas de una ornamentación siempre variada y siempre justa.

FRANCISCO CASANOVAS



JOSEFINA HUGUET

No es esta la primera vez que nos cabe la satisfacción de rendir tributo á la simpática *diva* que por su talento y dotes naturales ha logrado crearse en pocos años una reputación universal. En el número 48 publicamos un artículo biográfico en que poníamos de relieve su valía como artista novel; y prueba la justicia de nuestros elogios, sus adelantos en la carrera lírica, á no dudar la más difícil y espinosa.

A lo dicho nos atenemos; añadiendo que desde entonces ha recorrido los principales teatros de Europa y América, contando por triunfos sus exhibiciones. Nuestra hermosa compatriota no es ya una promesa, sino una realidad que los públicos aplauden con entusiasmo y sancionan los críticos de mayor competencia en todos los países. Tiene distinción, pisa las tablas con gran naturalidad y arte, es bonita como mujer y posee un tesoro en la garganta, como artista.

Entre lo mucho bueno que de ella ha dicho la prensa, figuran párrafos tan encomiásticos cual al siguiente, publicado en *El Nacional* de Buenos Aires: «Pensábamos con toda sinceridad que es materialmente imposible, dentro lo humano, que exista garganta mejor privilegiada por Dios, que ese instrumento maravilloso que podemos llamar *garganta de la Huguet*».

»Hemos oído todas las grandes cantantes, en sus épocas más felices, y en

verdad que, después de la Patti, nada hay comparable con la distinguida tiple catalana.

»El sonido, el eco, el timbre de su voz es tan puro, tan dulce, tan armónico, que cuando abre sus pequeños y rojos labios dejando escapar notas distintas, brotan de su garganta en armonía sorprendentes y nítidos arpeggios que llegan hiriendo el sentimiento de una manera tan íntima que, levantando el pensamiento á fantásticas regiones, parece encontrarse el espíritu lejos de la tierra, envuelto en nubes celestiales, donde los arrullos de algún sér superior, tiernísimo y misterioso, llena el alma de sublime encanto.

»Creíamos, cuando dejamos de oír á la Patti, que aquellos ecos de ruiseñores que tanto nos deleitaban habían concluido para siempre. Nos hemos equivocado. Verdad es que se va. Mas... no importa, llega la Huguet. Esta ocupará el puesto que hoy aquélla ocupa.»

El album artístico de la Huguet contiene multitud de artículos y sueltos no menos laudatorios que el que acabamos de reproducir, reservados solamente para las verdaderas notabilidades.

Reiteramos aquí la cordial enhorabuena que en aquella ocasión la enviáramos, y hacemos votos fervientes por la conservación de sus privilegiadas facultades que tanto contribuyen á fomentar las glorias del arte lírico español.
